

La base de la adecuada participación ciudadana

José Enrique Olague Palacios
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

EL MUNDO MODERNO ES UN LUGAR por demás interesante, lleno de constantes avances tecnológicos que, en conjunto con las firmes transiciones en su dinámica social, puede dar la impresión de haberse transformado en un lugar por completo incomparable con el que algún día conocieron quienes en estos tiempos viven la parte final de sus vidas.

Sin embargo, algunas cosas nunca cambian y, en ese sentido, la necesidad de las personas de acceder a medios de información se ha mantenido constante, principalmente en las que buscan satisfacer las indagatorias necesidades que, propias de los proyectos serios y las opiniones prudentes, se han valido siempre de la correcta documentación como su más importante instrumento de elaboración.

Si bien la necesidad permanece constante, lo que ha cambiado es la forma en la que logramos satisfacerla. Lejos y olvidados quedan los días en los que había que ir, necesariamente, a una librería para adquirir una obra, a una biblioteca para acceder a viejas ediciones de periódicos o a algún archivo en lejanas locaciones para poder observar un documento de nuestro interés. Esta transición se ha notado en más de una parte de nuestra vida: la personal, la académica la recreativa y, por supuesto, la gubernamental.

Dichos cambios se han mostrado inevitables, y es que, nos guste o no, vivimos en la época de la participación. Si somos observadores, veremos que, en los días que corren, las dinámicas de interacción entre personas, empresas, gobiernos y organizaciones son mucho más sofisticadas a las que se tenían hace no demasiado tiempo, esto gracias al apoyo de páginas web, redes sociales, foros y demás herramientas que han logrado estrechar las relaciones entre los distintos agentes de la sociedad.

Para los gobiernos, este cambio de visión se ha manifestado en la imagen de continuados esfuerzos por parte de los estados para presentar, mediante los



sistemas del llamado gobierno abierto, una alternativa que permita no sólo procurar el acceso a plataformas de escrutinio público, sino generar, al mismo tiempo, la tarima que sirva de base a la participación ciudadana en los procesos de administración y gestión pública. Cuando hablamos de gobierno abierto, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) define esta idea en su página web como un “proceso de modernización que busca generar gobiernos más efectivos para el último beneficio ciudadano”.

La intención se muestra clara: que los agentes de la sociedad, haciendo uso de toda la información que gravita a su alrededor, puedan direccionar sus esfuerzos hacia la mejora de sus comunidades, viéndose directa e indirectamente beneficiados del trabajo colaborativo de todos sus integrantes. Una idea que, conceptualmente, suena bastante romántica, pero cuyo traslado a la realidad se debe tratar con extremo cuidado, ya que la forma en la que sea implementada formará parte vital de los resultados obtenidos y podrá hacer toda la diferencia del mundo entre una simple y utópica idea y un sistema con mecanismos claros y eficientes que ayuden al mejoramiento general de las naciones.

Los humanos somos seres complejos cuyas acciones rara vez son completamente racionales, viéndonos motivados en nuestro actuar por una serie de factores y circunstancias tan largas y enredadas que es impo-

sible listar en breves palabras. Uno creería, con una fría perspectiva de la vida, que existe una naturaleza intuitiva de hacer siempre las cosas que más nos ayuden a mejorar, tanto individual como colectivamente, pero sólo hace falta ver un poco el mundo a nuestro alrededor, desde sus inicios y hasta tiempos modernos, para apreciar cómo, tanto en las pequeñas como en las grandes cosas, hemos, en infinidad de instancias, sido nuestro peor enemigo.

Es aquí donde nace una necesidad, la necesidad de definir cuáles son los objetivos de nuestra sociedad, a qué aspiramos como nación, dónde nos posicionamos y a dónde queremos llegar.

Con esto en mente, entendemos que la base del trabajo colaborativo se da en la idea de que el esfuerzo del conjunto apunte siempre hacia el mismo objetivo: el mejoramiento de la sociedad en su totalidad. No todos pensamos igual y esa nunca debería ser la intención. Al contrario, es posible darles un buen uso a las diferencias, tanto ideológicas como formativas, usándolas para generar espacios que nos permitan ampliar nuestras perspectivas, colocarnos a la mitad del camino y comprender que no siempre podremos hacer el recorrido en la dirección que más nos gustaría, pero que existen varias sendas que nos llevan al mismo lugar.

Aquí es donde la educación juega un papel vital. Si el mundo ha cambiado tanto en tan pocos años, entonces, ¿por qué seguimos enseñando



las mismas cosas, con los mismos métodos y buscando los mismos resultados? Las escuelas deben formar máquinas de memorización, sino deben formar ciudadanos, capaces de pensar por sí mismos, pero también de escuchar a los demás, de crear espacios colaborativos y de hacer del mayor activo que tenemos, el capital humano, la base de todo lo que se pretende enseñar.

Estos ciudadanos podrán entonces usar todas las herramientas

que las virtudes de su mundo les otorguen para trabajar en hacer de él un mejor lugar, pero hasta entonces, la era de la información, lejos de crear soluciones, sólo hará que nos dividamos cada vez más.

El mundo esta más dividido que nunca, pero parece que en el fondo todos, de una forma u otra, buscamos, generalmente, lo mismo. El día que logremos darnos cuenta de esto podremos empezar a trabajar por el cambio que tanto hemos anhelado.



Itzel Aguilera. *La sala de los novios menonitas, 2014.*

